



Felipe Santos, SDB

“A vosotros os digo, amigos míos: no tengáis miedo” (Lc 12,4).

El seguidor de Jesús, además de hablar con sinceridad, proclama públicamente la verdad del evangelio con valentía. Ante las dificultades de la vida, no temas. Pon tu confianza en la Palabra de Jesús. Dios cuida con amor a todos, incluso de los pájaros más pequeños.

Llévame en la palma de tus Manos, arrópame con el calor de tu ternura, alumbrá las sombras de mi corazón. y haz que mi vida sea transparente.

La primera advertencia de Jesús contra las farsas de los hombres piadosos no se limita únicamente a descalificarlos, sino que propone

otro modo de actuar que más tarde identificaría a la Iglesia primitiva: se trata de la enseñanza cristiana que, aunque nace en el anonimato de la vida doméstica, con el tiempo se convierte en fuente de inspiración para la multitud de los pobres e impregna toda una cultura. La evangelización adquiere así el carácter de un mensaje de esperanza que, tras ser desconocido, se manifiesta al mundo de manera absolutamente sorprendente. La segunda advertencia cambia de tono y comienza con la expresión ‘mis amigos’, que denota gran intimidad y afecto. Teresa de Avila insistía mucho en que, como cristianos, nuestra relación con Dios no puede ser otra que la de una amistad profunda y sincera: *“No es otra cosa que tratar de amistad, estando muchas veces a solas con quien sabemos nos ama”*. Y en ese amor no hay más temor que el de aquello que nos aleja de Dios, que es la maldad y el pecado nacidos de la injusticia. La tercera advertencia tiene que ver con la estima del valor de la comunidad cristiana y nuestra propia autoestima. Estamos con frecuencia tentados a despreciar a los que comparten con nosotros la vida cristiana, porque vemos en ellos los mismos pecados que detestamos en nosotros mismos. Sin embargo, Dios nos ama a todos tal como somos, y nos llama a vivir el amor auténtico.